

**SIERVA DE MARÍA
MINISTRA DE LOS ENFERMOS**

Queridos Hermanos:

Si hemos permanecido unidos en este itinerario de los siete domingos de San José, no podemos por menos de seguir unidos para celebrar la fiesta de este santo Patriarca, y juntos bendecir a Dios Padre, que en José encontró el mejor padre y protector para cuidar y acompañar el camino de su Hijo Jesús sobre la tierra y el más tierno y fiel esposo para María.

A él le suplicamos se muestre benigno y proteja a la Iglesia, de manera especial en este año Jubilar, en el que celebramos, el 150 aniversario, de su proclamación como “Patrono de la Iglesia Universal” por el Papa Pío IX en 1870.

Unidos a Madre Soledad Sanjurjo, le pedimos custodie a nuestro Papa Francisco, en el octavo año del comienzo de su ministerio como Padre y Pastor de la Iglesia de nuestro tiempo. Que San José le alcance Luz, constancia, salud y fortaleza para que continúe confirmándonos en la Fe, con la entereza y con la bondad que lo ha hecho hasta ahora. Que San José, conserve y avive el celo misionero de la Iglesia que peregrina en Filipinas, y que celebra los 500 años de la llegada del Evangelio a aquellas acogedoras y benditas Islas.

Como nuestra Venerable Soledad Sanjurjo nos detenemos en la persona de San José para admirar en él esa revelación de Dios Padre, que nos muestra un modelo a seguir, en la santidad de su vida, tan divina y tan humana, tan grande como sencilla. José es esa puerta para entrar en la intimidad con Jesús y María, para imitándolos y guiados por el Espíritu Santo, hagamos de nuestras Familias y Comunidades, una manifestación de la vida que en Nazaret, llevaron sus santos Moradores.

**COMO MADRE SOLEDAD, DESEAMOS QUE NUESTROS OJOS Y NUESTROS
CORAZONES, PERMANEZCAN FIJOS EN LA SAGRADA FAMILIA, MODELO DE
UNAS VIDAS ESCONDIDAS SIEMPRE EN DIOS.**

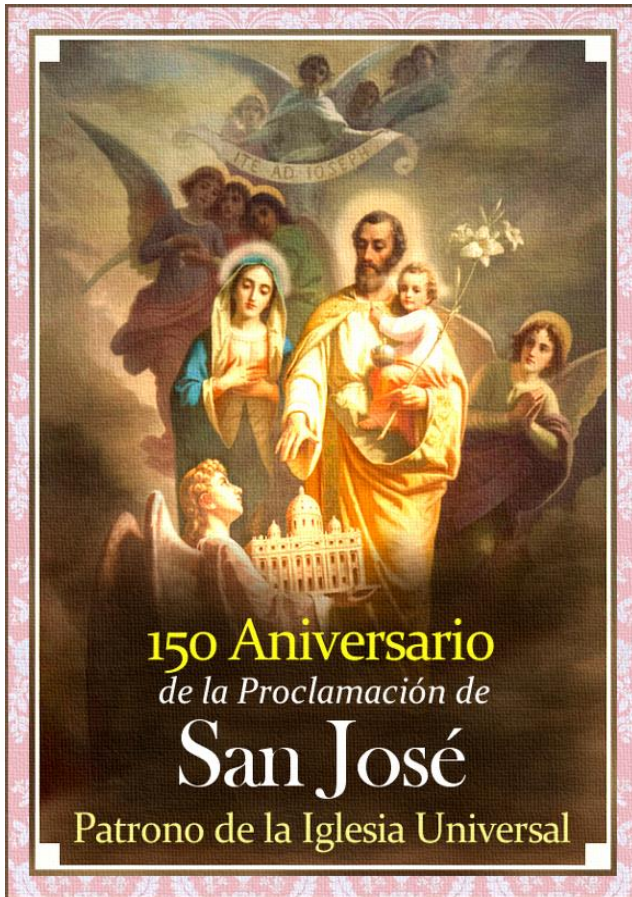
**En su Primera Homilía como Sucesor de San Pedro
el Papa Francisco, el 19 de marzo 2013, se expresaba así:**

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder.

Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. *Mt 25,31-46*). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.



¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.



Y así concluye el Papa Francisco, la Carta apostólica “Con corazón de padre” que convoca al Año Jubilar en honor a San José

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán y Moisés, como hace Jesús, «único mediador», que es nuestro «abogado» ante Dios Padre, «ya que vive eternamente para interceder por nosotros»

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos». San José lo dijo a través de su elocuente silencio. Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.*

*A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*